



Elvira Sastre

Madrid me mata

Diario de mi despertar en una gran ciudad





Seix Barral Los Tres Mundos

Elvira Sastre

Madrid me mata

Diario de mi despertar en una gran ciudad

© Elvira Sastre, 2022

Por mediación de Casanovas & Lynch Literary Agency S. L.

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

© Imágenes del interior: archivo personal de la autora; p. 68 (inferior), Gloria Nieto; pp. 97, 170, 173, 179, 208 y 216, Miranda Maltagliati Halpern, y p. 274, Diego V retocada por Miranda Maltagliati Halpern

Primera edición: febrero de 2022

ISBN: 978-84-322-3965-6

Depósito legal: B. 652-2022

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: Gómez Aparicio

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

MADRID DESDE MIS OJOS

Llegué a Madrid hace casi una década impulsada por una huida hacia delante. A veces escapar es otra forma de protegerse, de convertir la tierra que queda entre medias en un océano amplio, donde la tormenta se mantiene al otro lado. Con la fuerza inocente de los veinte años, cuando uno cree que es posible llegar a la cima sin hundir antes los pies en el barro, terminé una historia que venía acompañándome un largo tiempo. Si lo hice o no, todavía lo pongo en duda. Pero no me importa. En muchas ocasiones, es esa ingenuidad, el olor a limpio de aquel tiempo, la que me devuelve a los sueños una vez despierta, a creer que se puede querer a alguien sin esperar nada a cambio. De aquello aprendí que el amor nunca termina, que puede ser inagotable; los que nos desvanecemos somos nosotros al pisar el barro.

Y no pasa nada, porque no siempre la cima es el final de la montaña.

Los primeros años en Madrid fueron rápidos, apenas perceptibles. Los recuerdo como un todo. Es como si durante ese

tiempo en mi cabeza se hubiera repetido la misma canción, una y otra vez, sin cansarme. Si pienso en ello ahora, podría resumirlo en un único día. Tenía tantas ganas de irme a Madrid que creo que el sueño empezó mucho antes de llegar. Pero yo no llegué a Madrid con inocencia. No me descubrí en esta ciudad. Yo ya sabía quién era y llegué con deseo, con intención. Quería respirar el aire que solo existe aquí, ver cómo se ampliaban las grandes avenidas, salir de las esquinas. Quería ver otras caras, otros cuerpos: gente libre, con prisa, siempre en otro lugar. Quería ser ellos, a veces. Y otras quería seguir siendo yo. Quería mezclarme entre los desconocidos, entrar en sitios nuevos, mirar hacia arriba y escuchar algo más que el silencio. A veces, echo de menos esa melodía, y también a la gente que compartió espacio conmigo durante esa época, y las ganas animales de vivirlo todo y no dejar nada por el camino.

Madrid, para mí, fue al principio esa hambre de vida.

Pronto llegarían la nostalgia, los paseos a solas en mitad del tumulto, viajes en autobús de madrugada con destino a otras casas, la luz de las farolas cuando la ciudad se apaga: Madrid es preciosa cuando se hace de noche. Descubrí el placer de ir al cine sola sin que nadie cuestionara mi equilibrio; de entrar en cafeterías con mesas individuales en las que gente, como yo, leía un libro, merendaba y regresaba a casa con el placer de la soledad elegida; de caminar con acierto por nuevos rincones, hallando las pistas que otros habían dejado para mí. Sin duda, esa es una de las cosas que más me gustan de Madrid: la seguridad, vayas por donde vayas, de que siempre vas a encontrar algo nuevo, algo desconocido, algo extraño. En aquel tiempo, Madrid me enseñó a amar mi soledad, que es un buen

comienzo para amarse a una misma. Cuando le contaba a alguien de fuera que disfrutaba de los planes a solas, regresaban las miradas críticas. Sin embargo, aquí nadie me juzgaba o me miraba distinto, pues esta ciudad está llena de almas solitarias que se van cruzando las unas con las otras. Por eso no me importa vivirla a solas de vez en cuando, hacer de este lugar mi mapa del tesoro, mi barrera infranqueable, mi refugio intacto, una voz que grita «casa» cuando descubren mis escondrijos. Es algo que recomiendo a todos los que llegan aquí: conocerla uno mismo. Es una ciudad que es de todos sin ser de nadie. Es cierto, no me cabe duda, que no está hecha para todo el mundo: es muy complicado saber encontrarse en medio de los agobios y las prisas de una capital como esta, pequeña y grande al mismo tiempo, es igual de difícil que ser capaz de distinguir la nota que compone una melodía. Pero se puede. A mí me llevó un tiempo acomodar mi silencio a su ruido, encajar el paso lento del tiempo en un reloj que nunca duerme. Pero lo hice. Y lo que descubrí, lo que descubro, es un triunfo, es la cruz del mapa, es lo que se observa desde el punto más alto de la montaña. En cierto modo, Madrid me ha reconciliado conmigo misma. Es la única ciudad del mundo en la que no me siento sola cuando me quedo sola. Fue en este lugar donde aprendí que si una no está a gusto consigo misma, es difícil que pueda estarlo con los demás. Cuando dudo o me asusto o me entran los nervios, tiendo a replegarme hacia dentro de una manera muy sutil, como los caracoles. Madrid, por aquel entonces, se convirtió en mi caparazón.

En esta última etapa, he hallado otra emoción —para mí de las más poderosas— que solo dan los lugares elegidos. En todo este tiempo, Madrid se ha convertido en mucho más que

el lugar al que vine para alimentarme, para ser yo, para sentirme protegida. Madrid es mi calma. Y no porque sea una ciudad tranquila, sino porque me ha mostrado lo que es la vida: algo que pasa veloz por delante de nuestros ojos sin pararse ni un segundo a contemplarnos. Madrid me ha enseñado a no sentirme mal por no vivirlo todo, me ha dado las herramientas para mirarme por dentro y elegir lo que es mejor para mí, me ha prestado sus manos para construir mi casa, me ha adiestrado para reconocer el amor a base de errores, me ha explicado que hay sueños que no se cumplen y otros que llegan sin darnos cuenta. Madrid me ha mirado y me ha dicho: eres libre para elegir tu vida. Y esa paz, ese sosiego interior, esa tranquilidad al saber que lo que llegue puede que no sea lo que yo espero pero sí lo que yo soy, solo la encuentro aquí.

Hambre, refugio, calma. Son las palabras que definen mis etapas en esta ciudad. Las tres palabras que surgen si miro Madrid desde mis ojos.

OTOÑO

La ciudad en alto

La primera vez que mi abuela fue a Madrid estaba asustada. «Me daba miedo una ciudad tan grande», me cuenta. Ella vivía en Jemenuño, una localidad de Segovia que cuenta, hoy, con setenta habitantes censados. Para mí, sin embargo, ocupa más que esa cifra: es el origen de muchas cosas que conforman mi vida tal y como es ahora, una parte de un pasado que no he conocido pero por el cual estoy aquí, una palabra que se repite constantemente en la boca de mi abuela porque en ella engloba su historia. He ido poco allí; solo de pequeña y de su mano para visitar la tumba de mi abuelo en el cementerio cada 1 de noviembre. Recuerdo los buñuelos que compraba mi tía y el canto agudo, imperioso y afinado de Angelines, la tía de mi padre, a la hora de la misa. Cuando me hice mayor, dejé de ir por una cuestión de afinidad con según qué rituales. Para mí, mi abuelo está en las manos de mi abuela y me bastan sus historias para ser capaz de verla en las calles estrechas en las que creció mi padre.

El caso es que hace muchos años tuvo la oportunidad de ir a Madrid durante unos días, ya que su prima vivía allí. Un

amigo la acompañó y juntos fueron en carro hasta la estación con un puñado de caramelos en el bolsillo para el viaje, que en aquella época duraba bastante más que ahora. Uno de los primeros lugares que visitaron con emoción fue la Puerta del Sol. Sin embargo, cuando llegaron, mi abuela se sintió decepcionada: «¿Dónde está el sol?». Se ríe al contármelo y yo le sonrío con ternura. «Entiéndelo —me dice—, nosotros no hacíamos más que escuchar cosas de Madrid y de la Puerta del Sol por aquí y por allá y esperábamos, qué menos, un sol gigante dibujado en algún sitio. En esa época no teníamos fotos, solo nuestra imaginación.» Al escucharla, me dan ganas de dibujarle soles por todas las paredes para que encuentre siempre lo que espera a pesar del tiempo.

El miedo no se le pasó cuando vio por primera vez el metro: se pensó que aquello era el final del mundo. Ahora estamos acostumbrados, pero la lógica de viajar de manera subterránea no es apta para cualquiera. También pudieron alejarse del centro y visitar el Cerro de los Ángeles, en Getafe, lugar de culto donde se encuentra un monumento religioso y de donde mi abuela salió «bendecida», me dice, apretándome la mano y sonriéndome sin tratar de convencerme, con el único ánimo de compartir conmigo su emoción. Y yo la creo.

Mi abuela se quedó en casa de su prima unos veinte días. De aquello, entre otras cosas, recuerda mirar por el balcón y ver los semáforos y los coches que arrancaban por las carreteras madrileñas. «Parece que ponen en alto Madrid», me dice, y me quedo pensando en el acierto de la frase, en lo gráfico de las palabras que elige para describir ese momento. Pienso en lo diferente que parece la ciudad las épocas en las que se vacía y en la bestia *a priori* poderosa en la que se convierte cuan-

do la inunda el movimiento frenético que tanto la caracteriza. Me cuenta que su amigo no paraba de sorprenderse con la altitud imponente de los edificios, con lo grandiosos que resultan y con todo lo que ocupan y guardan en su interior. No me resulta difícil imaginarlos, pues yo también fui mi abuela llegando a Madrid, aunque esta vez para quedarme.

La vuelta al pueblo, a Jemenuño, fue distinta. Ya no tenía miedo ni estaba asustada. Había crecido por lo menos diez centímetros y en sus manos había fabricado ya nuevos recuerdos, pero reales. Una vez, en una presentación de un libro, me preguntó: «¿Por qué *Madrid te mata*, hija? Si Madrid no te mata, ¡Madrid te vive!». Y no pude hacer otra cosa que darle la razón. Madrid me mata para hacerme renacer de nuevo, como los mejores sueños: esos que se cumplen.

Un sueño con prisa

Nací en Segovia y en Segovia pasé mis primeros veinte años, tan lentos como un viaje en tren antiguo, cobijados bajo un techo donde todo se daba por sentado de una manera terriblemente sencilla.

En mi casa siempre hacía calor y eso era algo normal.

Al abrir la ventana de mi habitación, solo había verde, el crujido nocturno del grillo, un puñado de nubes naranjas que se deshacían en minutos, dando paso a una oscuridad tan taciturna como yo. Me apropié de esa suerte y di por hecho el paisaje sin obstáculos. Qué fácil era la vida, piensa una ahora, sin saber si alguna vez ha vivido realmente sin obligaciones. Desconozco esa sensación.

Me fui a Madrid impulsada por unas ganas imparables, por una necesidad vital de recorrer calles cuyo final no fuera fácil de vislumbrar, por un apetito voraz, por qué no decirlo, de caras nuevas. Ansiaba el ruido. Me daba igual vivir en Carabanchel o en Ciudad Lineal. Para mí todo estaba cerca de donde quería estar. Tardaría un tiempo en darme cuenta de que en Madrid estás donde estás todo queda lejos, sobre todo el metro.

Terminé, por suerte para mis hábitos, en un piso compartido con dos amigos en Las Vistillas, en La Latina. Recuerdo que para convencer a nuestros padres —previamente nos habían avisado de que si nos mudábamos a Madrid era únicamente por la universidad— les dijimos que por ahí pasaba la línea circular del autobús, la misma que nos dejaba en Moncloa, al lado de Ciudad Universitaria. Creo que solo los convencimos a medias, pero cuando se dieron cuenta de que lo último en lo que estábamos pensando era en ir de casa a clase y viceversa, era demasiado tarde. Tantas eran las ganas que ni siquiera nos fijábamos en los pisos que visitábamos. Me acuerdo de uno en Puerta del Ángel. Antes de firmar fue mi madre a verlo y nada más entrar se percató de una humedad enorme en el techo del salón que ninguno habíamos visto. Nos daba igual. Nos habríamos mudado a cualquier casa, a cualquier barrio. Estábamos en Madrid y eso era lo único que nos importaba.

Visitaríamos unos cuantos más antes de llegar al definitivo: un piso viejo, con muebles heredados, en el que tres habitaciones se encajaban como en una partida de Tetris. El suelo, de parqué antiguo, crujía a cada paso. El gotelé de las paredes arañaba y encontramos pruebas de otras vidas de-



Aprendí a asumirme en el cambio, a sentirme comprendida, a buscar mi paso tranquilo en la velocidad de una capital con urgencia.

bajo del sofá. Estaba en una de esas típicas corralas madrileñas y para llegar teníamos que subir tres pisos y atravesar pasillos angostos. Sufrimos bichos, ruidos nocturnos, vecinos molestos. Insisto: nos daba exactamente igual. Fue el primero. Fue el mejor piso del mundo.

En mi primera casa madrileña siempre hacía frío, y pronto aprendí que eso también era algo normal. Al mirar por la ventana solo veía verde, igual que en mi habitación de siempre, pero el color era distinto. El olor, también. La vida sencilla se iba complicando sin que quisiera darme cuenta. Y cuando por fin lo hice aprendí a asumirme en el cambio, a sentirme comprendida, a buscar mi paso tranquilo en la velocidad de una capital con urgencia. Madrid ya me había acogido. Pero esa es otra historia, como lo son los pisos que llegarían después, siempre partícipes en mi vida, como si fueran una extensión de mis emociones.

Vuelvo a menudo a Segovia, con y por mi familia. Paso allí las Navidades, el verano, algún fin de semana en el que me apetece recuperar el paso tardo de los días. Es amable la vuelta. Y es curioso pensar que cuando se trata de Segovia el verbo que utilizo suele ser *volver* y, sin embargo, con Madrid el verbo elegido es *ir*. Un éxodo temporal orquestado por mi subconsciente que confiesa mi realidad: vuelvo a Segovia para saber quién soy, voy a Madrid para saber quién quiero ser.

Llevo ya cerca de diez años en la capital.

Han sido tan rápidos como un sueño con prisa.

Y aquí sigo, sin querer ver el final de las calles.